MI EXPERIENCIA EN EL VOLUNTARIADO TANZANIA 2024 DE LA UNIVERSIDAD ANÁHUAC QUERÉTARO

AUTOR: BETTINA BORRERO COLMENARES

TESTIMONIO

Mi nombre es Bettina Borrero Colmenares. Tengo 27 años y actualmente trabajo en la Universidad Anáhuac de Querétaro como auxiliar en el Centro de Simulación de la Escuela de Medicina. Soy médica graduada de esta misma Universidad y hoy quiero compartir una de las experiencias más transformadoras de mi vida como fue el voluntariado en Arusha, Tanzania.

El proyecto tenía como propósito restaurar las instalaciones de la escuela y el orfanato Fruitful, así como participar en diferentes actividades con los niños, el personal docente y otros miembros de dicha comunidad. Viajamos 19 estudiantes de diferentes escuelas de nuestra alma mater, tres miembros del personal de la Anáhuac y un representante de la agencia de viajes.

Tomar la decisión de ir en este viaje no fue fácil. En ese momento yo atravesaba un problema de salud y, por esa razón, dudé en participar. Pero cuando hablé con mi mamá y mi hermana, me recordaron que uno de mis sueños era hacer un voluntariado en una comunidad africana. Ellas me animaron a no dejar que cualquier obstáculo físico o de cualquier otra índole, me impidiera cumplir ese deseo vital de ayudar al prójimo. Siempre he creído que todos nacemos con un propósito. El mío es servir, tender la mano y aportar, por pequeño que sea, algo que haga de este mundo un lugar más justo.

El viaje comenzó el 6 de junio. Tras largas escalas en Frankfurt y Mombasa, aterrizamos el 9 de junio en el aeropuerto internacional del Kilimanjaro. Desde ahí fuimos directo al hotel Bamboo Village. Luego de descansar, nos reunimos para organizar nuestras tareas, ya predefinidas desde Querétaro, de acuerdo con nuestras habilidades y preferencias. En equipo, decidimos cómo abordar el trabajo en la escuela, el orfanato, las actividades médicas y culturales. Así comenzaba una aventura inolvidable.



Durante la primera semana, por las mañanas trabajabamos en la escuela y por las tardes en el orfanato. Tristemente, no todos los niños asistían a clases, pues no hay suficientes becas para adquirir los útiles y los uniformes escolares.

Confieso que me fui a este viaje con la idea de restaurar el orfanato, pintar las paredes, trabajar y jugar con los niños, dar clases, programar y hacer actividades recreativas,

pero jamás me imaginé que terminaría ejerciendo mi vocación médica en los niños y en mis propios compañeros. El primer día, mientras nos encontrábamos dibujando con los niños, me llamaron para que atendiera a uno que se encontraba llorando porque le dolían mucho las manos. Al llegar al lugar donde estaba el niño, me recibió Nuru, la doctora que en algunas circunstancias pasa consulta y atiende pacientes en el orfanato. Enseguida me comentó que el pequeño tenía lesiones en las manos y se habían infectado. Me dijo que en la escuela no tenían ningún material para curarlo y además, que teníamos que esperar al llegar al orfanato para poder ayudarlo. En la tarde, después de un largo tiempo, me llevaron a la enfermería para curar al niño. Me percaté de que carecían materiales de primeros auxilios y de medicamentos. Con lo poco que tenían, la Doctora Nuru, mis compañeras de escuela y del viaje y yo, le limpiamos la herida y le dimos un antibiótico. A partir de ahí, todas las tardes, veíamos de 5 a 6 pacientes. Para ser sincera, diré que antes de salir a cumplir con este voluntariado, en algún momento dudé de mi vocación, pero sin duda este viaje me recordó por qué elegí estudiar medicina. Aprendí que sanar no siempre es con bisturí ni palabras suaves, a veces es con una brocha en la mano, cubriendo grietas con color, para que un niño sin padres sienta, por un instante, que ese lugar ajeno también puede ser hogar. Que en esa pared recién pintada habita la promesa silenciosa de un futuro menos roto.

Arusha está al norte de Tanzania, cerca del Monte Merú, el Parque Nacional Serengeti, el Kilimanjaro y el área de conservación de Ngorongoro. En Tanzania, el idioma oficial es el suajili y el inglés, y uno de nuestros temores era cómo comunicarnos con los niños. Pero Andrea, una de nuestras coordinadoras, nos dijo que habláramos con el lenguaje del amor. Y funcionó.

Además de cumplir con las actividades del voluntariado, tuvimos la oportunidad de visitar algunos sitios emblemáticos del país y del África milenaria. El primer sábado fuimos a las cascadas de Materuni, a los pies del Kilimanjaro. Nos bañamos en el río y visitamos una hacienda de café, donde presenciamos todo el proceso de la producción y procesamiento de este grano fundamental en la economía nacional. Probamos platillos típicos como el Matoke (sopa de plátano verde), arroz Pilau y guisos locales.

El domingo visitamos un santuario donde observamos leones albinos, jirafas, cebras, antílopes, monos y otras especies. Estar tan cerca de esos animales fue sobrecogedor. Pero nada se compara con el safari en el Parque Nacional del Serengeti.



Salimos muy temprano hacia el parque. Al entrar, el paisaje se transformó y los animales comenzaron a aparecer: elefantes, jirafas, leones, ñus, hienas, antílopes y búfalos. Aprendimos sobre los "Big Five", cinco animales (león, leopardo, elefante, rinoceronte y búfalo) que son los más emblemáticos de África. De regreso, vimos un atardecer sobre la inmensa sabana que parecía un óleo trazado con maestría.

Esa noche dormimos en un campamento de lujo, en plena naturaleza. Nuestra "bienvenida" fue muy africana: cuatro tarántulas en la habitación y varios saltamontes. La ducha era manual, activada por una palanca, y por seguridad no podíamos salir durante la noche, pues los animales salvajes merodeaban cerca.

A la mañana siguiente, nos despertó un amanecer espectacular. Continuamos el safari y vimos garzas, hipopótamos y manadas de elefantes. Verlos de cerca fue conmovedor. Impresionante. Su fuerza y serenidad nos dejaban sin palabras.

Luego visitamos la tribu Maasai. Nos recibieron con bailes, nos vistieron con sus trajes típicos, compartimos con ellos y aprendimos sobre sus hábitos cotidianos y sus tradiciones. En tono divertido, el jefe de este grupo me pidió ser su esposa número catorce... un momento que nos hizo reír mucho.

También conocimos a la etnia Hadzabe, un grupo de cazadores-recolectores que viven en armonía con la naturaleza y además, tratamos a otra comunidad dedicada a la orfebrería. Fue revelador ver cómo viven, cómo piensan, cómo valoran lo esencial.

Finalmente, de todo lo vivido, una de las enseñanzas más profundas que me llevo es que no necesitamos absolutamente nada material para ser verdaderamente felices. En Tanzania, por encima de todas las carencias presentes en buena parte de la comunidad, presencié sonrisas sinceras y amables en rostros que no conocían el exceso, pero sí el valor de lo esencial: la solidaridad, la gratitud y el amor. Confirmé que está en nuestras manos construir un mundo mejor, desde los pequeños actos hasta las grandes decisiones. Como dice Mateo 18: 3-4, necesitamos volver a ser como niños: humildes, abiertos, capaces de mirar con ternura y sin condiciones. Solo así podemos transformar nuestro interior y vivir desde el lenguaje del amor, que es el único idioma universal sin fronteras. No puedo cerrar este testimonio sin mencionar a la familia que formamos durante este viaje. Personas que comenzaron siendo desconocidas y terminaron siendo nuestros hermanos. Compartimos risas, lágrimas, aprendizajes, miedos, sueños... y la certeza de que algo en nosotros cambió para siempre. Ayudar no es dar lo que nos sobra... es dar lo que somos.

